

El amor en los tiempos del cólera*

Más que una historia de amor, esta novela es la historia de un amor iniciado casi en la adolescencia de sus protagonistas, Florentino y Fermina, que dilata más de medio siglo su consumación, tras los largos años de vida matrimonial de la mujer con el doctor Juvenal y las incontables aventuras eróticas, más o menos estables, de un hombre cuya única pretensión firme, esperando sin desaliento, había sido hacerla suya.

Una innominada ciudad caribeña es el ámbito espacial colombiano en el que se suceden los hechos esenciales de la acción narrada, con algunas excursiones costeras y viajes a las tierras del interior a través del río Magdalena, con fugaces referencias a París, lugar de cultura y placer; aquella ciudad carece de nombre, pero su situación geográfica así como su carácter colonial que aún conserva y su topografía concreta evocan aspectos de la Barranquilla donde pasó años de infancia el autor y se casó en 1958, la «soñolienta capital de provincia» con su bahía portuaria, puerta de América en otros tiempos, que ahora vive una decadencia honorable entre ciénagas podridas sobrevoladas por alcaravanes, aguaceros invernales y el polvoriento viento del verano. Otras poblaciones de Colombia, patria de escombros deshecha por sucesivas epidemias de cólera y persistentes guerras civiles, tanto de las provincias del Caribe o de la cuenca del Magdalena como del estado andino de Cauca, se mencionan en relación con los antecedentes e itinerancias de los personajes.

El novelista organizó el discurso de su relato en seis núcleos o capítulos carentes de numeración y título, dándoles una extensión similar, oscilante entre las 71 páginas del primero y las 99 del último; eligió para contarla un narrador, testigo a veces, omnisciente las más, neutro y heterodiegético, impersonal y sin rostro, confundible a menudo con el autor implícito, que conduce con cierto capricho el relato, conciudadano de los personajes, de quienes ofrece una visión próxima progresivamente enriquecida a lo largo de la alternancia de perspectivas y de los frecuentes desplazamientos temporales con fugaces visiones retrospectivas o demoradas analepsis que se remontan no sólo a la infancia de los protagonistas sino a la vida de Bolívar y aún a la época colonial de la ciudad; en su discurso prefiere la modalidad del sumario a la de la escena y combina amplias descripciones de pertinente función dilatoria y simbólica con su narración de los hechos vividos y sucintas comunicaciones dialógicas entre los personajes.

El rasgo más llamativo de la novela en su aspecto constructivo es la frecuente alteración de la linealidad progresiva temporal de la historia narrada, es decir, las anacronías del discurso respecto de la historia, así como cierta indefinición de la cronología histórica, a pesar de las apariencias concretizadoras de muy vaga precisión en las refe-

* GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ. *El amor en los tiempos del cólera*, Barcelona, Bruguera, 1985.

rencias a los años de la peste del cólera o a las encadenadas guerras civiles. Hay una amplia gama de combinaciones técnicas que configuran la duración temporal: sumarios, escenas, pausas descriptivas, pero sobre todo elipsis. Predomina la narración ulterior, hecha en pasado; las páginas iniciales no sitúan, al parecer en los años treinta de este siglo, en un día de Pentecostés en el que seguimos a los personajes desde el amanecer hasta la tarde, y se prolongan a la mañana del día siguiente; luego se nos hace volver a más de 50 años antes de ese día (pasado medio siglo de la independencia del país) y la línea temporal avanza progresivamente en curso lógico, centrada con cierta morosidad en el noviazgo de los protagonistas, en la boda de Fermina, en su vida matrimonial con Juvenal, y en los amoríos de Florentino, para alcanzar el año inaugural del siglo XX del que se avanza precipitadamente hasta el mencionado domingo, centrándose en el último tranco en el período de poco menos de dos años que transcurre entre el fallecimiento del doctor y la consumación de la relación de su viuda con el protagonista.

Se intercalan abundantes prolepsis o narraciones anteriores con función de presagios o profecías anticipadoras del futuro que ponen de manifiesto ya la omniscencia del narrador ya las premoniciones intuitivas de los personajes («nos volveremos viejos esperando»), como también numerosas analepsis, formuladas unas y otras en moldes estilísticos que llevan el sello inconfundible del autor. Las alusiones históricas retrospectivas llegan a la época del dominio español y a la independencia colonial, al comercio del siglo XVIII con la piratería inglesa de por medio, al momento en que el Libertador Bolívar camina hacia su muerte (1830), a los años en que todavía se ve por las calles de París al anciano Víctor Hugo (+1885) y a Oscar Wilde (+1900), a la Guerra de los Mil Días en el tránsito del XIX al XX, o al tiempo en que los europeos están empeñados en una guerra bárbara (la de 1914 a 1918), por los días en que Carlos Gardel empieza a estar de moda, hacia 1917.

Con todo, posee todavía mayor relevancia la conciencia de temporalidad que traslucen los protagonistas que el diseño temporal de lo narrado: desde el suicida Jeremiah que se mata para evitar los «estragos del tiempo», atormentado por su incapacidad de detener el «torrente irreparable de los días», hasta Juvenal que siente, cumplidos sus 50 años, el peso de su propio cuerpo como un lastre o su mujer que lamenta el peso del tiempo malversado; pero dicha conciencia se hace en Florentino más viva y atormentada que en ninguno, al ver cómo se suceden los avances técnicos o al encontrar a los hijos crecidos de las parejas que él ayudó a casar con sus cartas de amor por encargo; son muchas sus referencias al pasado, remontándose a sus amores efímeros con Fermina, mientras aguarda año tras año que muera su marido, temiendo que la muerte pueda ganarle en su espera. También el narrador tiene una particular percepción de esa limitación temporal vinculada a la existencia humana así como una aguda vivencia de lo que pesa el tiempo histórico; se revela en sus referencias a la llovizna de siglos que envuelve a Bogotá o al «óxido final» de la vejez con su olor a gallinazo, un estado indecente que habría que impedir a tiempo. Novela de amor, sí, pero no menos meditación novelada del autor implícito sobre la temporalidad como componente esencial e inesquivable de la existencia humana, y no sin causa las palabras *amor* y *tiempos* se hermanan en el título.

El sentido del humor del novelista apunta por doquier en estas páginas: empieza por apreciarse en la nominación y caracterización de muchos de sus personajes: en el doctor Juvenal Urbino con toques de afrancesado ilustrado, uno de cuyos hijos se llama Marco Aurelio como el abuelo, los tres médicos; en el santo ateo Jeremiah de Saint-Amour, muerto con su perro Míster Woodrow Wilson por razón de su «gerontofobia»; en Pío Quinto Loayza, el padre de Florentino, hijo natural como éste, o en su hermano, el lúcido demente y acaudalado naviero León XII; en el telegrafista y fornicador hiperbólico Lotario Thugut. Para una prima de Fermina elige el nombre de Hildebranda, hija de Lisímaco, a su sirvienta negra le atribuye el de Gala Placidia y a una cocinera el de Digna Pardo; Euclides se llama el niño buceador, Franca de la Luz la monja superiora de un convento-colegio, Tránsito la madre y Rosalba la mujer primera asaltante sexual del protagonista; al capitán que acoge hospitalario a los viejos amantes en su buque se le atribuye el nombre de Diego Samaritano.

El singular sello estilístico de García Márquez se revela en ciertas palabras clave, del tipo de cachacos, guayaba, alcaravanes, ciénagas e iguanas, así como en reiteraciones, unas anafóricas (se acordó..., págs. 392-394; contó..., pág. 142; vio..., pág. 367), otras epifóricas o de conversión (...dijo que sí, pág. 137-138), o en expresiones tales como «la mala hora», «se acordó», o en el sutil homenaje que rinde a sus clásicos preferidos, como a Antonio Machado al hablar de «el pasado efímero» o a Borges en la rememoración visionaria de la página 367. Otros eficaces logros estilísticos se consiguen por las similicadencias reforzantes («más ardor y más dolor y más amor») o por la marca obsesionante del dilatado plazo de espera (51 años, 9 meses y 4 días) o por la reiteración de adjetivos y del esquema sintáctico («había una sola luz en una sola ventana de una sola casa») que en esta ocasión contribuye a agudizar la conciencia de soledad. El novelista ya tienen habituados a sus lectores a la captación de integraciones temporales ampliamente dilatadas conseguidas en una sola frase que abarca desde el presente cognoscitivo al pasado vivido y anticipa el porvenir de la historia: «Entonces supo Florentino Ariza que en alguna noche incierta del futuro, en una cama feliz con Fermina Daza, iba a contarle que no había revelado el secreto de su amor...» (pág. 282), donde se incluyen sorprendentes catacresis y enálages metonímicas.

La exuberante imaginación del autor se luce en esos vientos locos que destechan casas y arrastran a los niños por los aires, en las fabulaciones de Euclides que se contagian a Florentino, en el pulpo viejo de tres siglos o en las creencias populares aquí incluidas, como la de los animes, en la misteriosa muñeca negra que crecía, en el robo total del ajuar doméstico de Ausencia mientras yace con su amante, en el músico cuyo aliento de sepulturero distorsiona los arpegios del arpa, en la mujer fantasmal del río Magdalena, en el mago de feria que extrae de la boca sus mandíbulas y las deja hablando sobre la mesa o en los efectos desastrosos, no necesariamente hiperbolizados, de la caldera que explota en la planta eléctrica.

Los componentes trágicos, que no faltan, y la angustiosa dilatada espera de los protagonistas se neutralizan con creces mediante los distensivos elementos humorísticos; aparte del efecto cómico y risible de la mayor parte de las mencionadas nominaciones, recordemos al loro del doctor Urbino visitado por el presidente de la República y sus ministros, el banquete preparado durante tres meses y deslucido en unos minutos por

el aguacero, los fallos de memoria del viejo doctor y su manejo ético del olvido que afecta hasta al significado de las notas recordatorias que guarda en su bolsillo, el agudizado olfato de su esposa que le permite descubrir su infidelidad, la identidad de los síntomas del amor y del cólera, la perturbación del enamorado que le lleva a comer flores y a beber agua de colonia, el proyecto de hacer un museo del amor con los objetos olvidados por los clientes en el burdel, enfermedades venéreas soportadas con «insolencia patriótica», la viuda feliz porque, muerto su marido, sabe a ciencia cierta dónde está, las anotaciones de los hiperbólicos 622 amoríos de Florentino o sus cartas de amor redactadas por encargo a las que él mismo se ve obligado a responder luego, los comentarios de Fermina en su hallazgo de la sexualidad, el inmigrante chino premiado en los Juegos Florales, o América preparando al protagonista para el amor como si se tratase de una pieza culinaria.

A tales recursos se suman los de la ironía no desprovista de carga satírica y crítica: el eximio doctor regentando por un día su hogar con suma de desaciertos, su opinión sobre la alteración del ciclo menstrual en la mujer tras diez años de matrimonio, el curioso cólera que deja como secuela señales de tiro en la nuca de los muertos, Dios adscrito con carnet al partido conservador, la pensión vitalicia distinguidos, o el contraste tan carpenteriano de las negras que usan para andar por casa los sofisticados zapatos que están de moda entre emperatrices y artistas europeos.

El novelista ha dado vida, encarnándose en sus personajes, a una serie de ideas y experiencias, algunas casi obsesivas en él, entre las que no faltan la del terror de no encontrar a Dios en la oscuridad de la muerte o la visión de las guerras como «pleitos de pobres arreados como bueyes por los señores de la tierra contra soldados descalzos arreados por el gobierno»; pero destacan sobre las demás las referidas a la vivencia de la temporalidad (el óxido de la rutina protege de la conciencia de la edad) y del amor, en su amplia variedad de circunstancias y manifestaciones, que llega a remontar prejuicios y convenciones sociales y, más aún, a erigirse como baluarte frente a los ataques despiadados de la temporalidad: Florentino y Fermina terminan por saber que «el amor era el amor en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero tanto más denso cuanto más cerca de la muerte». El viejo tópico consagrado en tres palabras clásicas cobra aquí vida una vez más: *Amor omnia vincit*.

JOSE MARIA VIÑA LISTE